

Sin novedad en el frente

Erich Maria
Remarque
Sin novedad
en el frente

Traducción de **Judith Vilar**

Navona

Primera edición

Julio de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Digital Books

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-94-4

Depósito Legal B 6522-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *Im Westen nichts Neues*

© New York University, successor-in-interest to the literary rights of The Estate of the Late Paulette Goddard Remarque, 1929, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

© de la traducción: Judith Vilar, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

*Este libro no representa ni una denuncia
ni una confesión. Pretende únicamente mostrar
una generación que fue destruida por la guerra,
aunque escapara a las granadas.*

Nos hallamos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente. Ayer nos relevaron; ahora tenemos el estómago lleno de alubias y carne de buey, estamos hartos y satisfechos. Incluso ha sobrado para otro plato por la noche; además hay doble ración de salchichas y pan: es estupendo. Hacía mucho tiempo que no pasaba eso: el cocinero, con su cara roja como un tomate, nos sirve la comida personalmente; con el cucharón, hace una seña a los que pasan y les sirve una buena ración. Está desesperado porque no sabe cómo terminar el rancho. Tjaden y Müller han encontrado un par de jofainas y las han llenado hasta el borde, como reserva. Tjaden lo hace por gula, Müller por precaución. Nadie se explica dónde mete Tjaden toda esa comida. Sigue, como siempre, flaco como un palillo.

Pero lo más importante es que también nos han dado doble ración de tabaco. Diez cigarros, veinte cigarrillos y dos pastillas de tabaco de mascar a cada uno, no está nada mal. Le he cambiado a Katczinsky las pastillas por los cigarrillos, así que ahora tengo cuarenta. Suficientes para un día.

En realidad, todas esas provisiones no eran para nosotros. Los prusianos no son tan espléndidos. Nos las han dado por equivocación.

Hace quince días tuvimos que avanzar hasta primera línea, como reemplazo. Nuestro sector estaba bastante tranquilo, y por eso el furriel había recibido para el día en que

volvimos la cantidad habitual de provisiones y había preparado lo necesario para los ciento cincuenta hombres de la compañía. Pero, sin embargo, precisamente el último día la artillería pesada inglesa nos atacó por sorpresa a cañonazos, que retumbaban sin cesar en nuestro sector, de modo que sufrimos muchas bajas y solo regresamos ochenta hombres.

Habíamos abandonado el frente por la noche y nos habíamos acostado enseguida para poder descabezar por fin un buen sueño; porque Katczinsky tiene razón: la guerra no sería tan mala si pudiésemos dormir más. En primera línea casi nunca es posible, y pasar allí quince días cada vez es mucho tiempo.

Era ya mediodía cuando los primeros de nosotros salimos a gatas de los barracones. Media hora más tarde, cada uno había cogido ya su plato y nos reunimos ante la olla del rancho, que despedía un olor fuerte y apetitoso. Naturalmente, los más hambrientos se pusieron delante: el que tiene las ideas más claras de todos nosotros, Albert Kropp, y que por eso no ha llegado a más que a cabo segundo; Müller V., que todavía lleva consigo los libros de texto y sueña con notas de exámenes (incluso en medio de un bombardeo se dedica a empollar teoremas de física); Leer, que lleva barba y siente una gran predilección por las mujeres de los prostíbulos para oficiales; y jura que, por orden de la Comandancia, están obligadas a llevar ropa interior de seda y a bañarse en caso de clientes que sobrepasen el grado de capitán; el cuarto soy yo, Paul Bäumer. Los cuatro tenemos diecinueve años, los cuatro hemos salido de la misma clase para ir a la guerra.

Justo detrás de nosotros están nuestros amigos. Tjaden, un flaco cerrajero que tiene nuestra edad, el mayor goloso de la compañía. Se sienta a comer flaco y se levanta gordo como un cerdo; Haie Westhus, minero y de la misma edad, puede coger con una mano un pan de munición y preguntar: adivina qué tengo en la mano; Detering, un campesino que solo piensa en su granja y en su mujer; y finalmente Stanislaus Katczinsky, el jefe de nuestro grupo, tenaz, astuto, generoso, de cuarenta años, cara terrosa, ojos azules, hombros caídos y un olfato magnífico para oler el peligro, la buena comida y las buenas ocasiones.

Nuestro grupo formaba la cabeza de la serpiente que esperaba ante el rancho. Empezamos a impacientarnos porque el cocinero seguía inmóvil, esperando.

Por fin, Katczinsky le gritó:

—¡Venga, Heinrich, destapa la olla de una vez! Está claro que las alubias están listas.

Heinrich movió la cabeza soñoliento:

—Primero tenéis que estar todos.

Tjaden se rio por lo bajo:

—Ya estamos todos.

El furriel seguía sin entender.

—¡Qué más quisierais! ¿Dónde están los otros?

—¡Hoy ya no tienes que preocuparte por ellos! Están en el hospital o en la fosa común.

Cuando comprendió los hechos, el cocinero se quedó de una pieza. Trastabilló.

—¡Y yo que he cocinado para ciento cincuenta hombres!

Kropp le dio un codazo en las costillas:

—Por fin nos hartaremos de comer. ¡Anda, empecemos de una vez!

Pero de pronto a Tjaden se le ocurrió una idea luminosa. Su rostro afilado, de ratón, empezó a relucir, y, con los ojos empequeñecidos de malicia y temblándole las mejillas, se acercó lo más posible:

—¡Hombre! O sea que también te han dado pan para ciento cincuenta hombres, ¿verdad?

El furriel asintió, desconcertado y ausente. Tjaden le cogió por las solapas.

—¿Y también salchichas?

Cara de Tomate asintió de nuevo.

A Tjaden le temblaban las mandíbulas.

—¿Tabaco también?

—Sí, de todo.

Tjaden miró radiante a su alrededor.

—¡Cielo santo, a eso se llama tener suerte! ¡Así que todo es para nosotros! A cada uno le toca..., un momento..., ¡justo, doble ración!

Pero el furriel despertó de nuevo a la vida y dijo:

—No puede ser.

Pero también nosotros nos espabilamos y nos acercamos a ellos.

—¿Y por qué no puede ser, vamos a ver? —preguntó Kaczinsky.

—Lo que es para ciento cincuenta hombres no puede ser para ochenta.

—Te lo demostraremos —gruñó Müller.

—Por mí os podéis comer todo el rancho, pero de las otras raciones solo puedo entregar para ochenta hombres —insistió Cara de Tomate.

Kaczinsky se enojó.

—¿Quieres que te releven o qué? No has recibido provisiones para ochenta hombres, sino para la segunda compañía, y basta. ¡Nos las darás! La segunda compañía somos nosotros.

Acosamos a aquel tipo. Nadie podía soportarle porque más de una vez, en la trinchera, habíamos comido frío y tarde por su culpa, y eso porque bajo el fuego de granadas no se atrevía a acercarse lo bastante con la olla y los que iban a buscar la comida tenían que andar mucho más que los de las otras compañías. Bulcke, de la primera, se portaba mejor. Era gordo como una marmota, pero si llegaba el caso era capaz de arrastrar la olla hasta primera línea.

Estábamos de malhumor, y sin duda habríamos repartido leña si no se hubiera presentado el teniente de nuestra compañía. Se informó del caso y se limitó a decir:

—Sí, ayer sufrimos muchas bajas...

Luego echó una ojeada al interior de la olla.

—Esas alubias tienen buena pinta.

Cara de Tomate asintió.

—Llevan manteca y carne.

El teniente nos miró. Sabía lo que estábamos pensando. Sabía muchas otras cosas, porque había ascendido entre nosotros tras empezar de soldado raso. Levantó de nuevo la tapa y olfateó. Mientras se alejaba, dijo:

—Traedme un buen plato a mí también. Y que se repartan todas las raciones. Las necesitaremos.

Cara de Tomate puso cara de tonto. Tjaden empezó a bailar a su alrededor.

—¡No te pasará nada! Este se cree el amo de intendencia. ¡Y ahora empieza, gordinflón, y no te descuentes!

—¡Así te ahorquen! —refunfuñó Cara de Tomate.

Aquello era increíble, iba contra toda lógica, ya no comprendía el mundo. Y como si quisiera demostrarnos que todo le daba igual, nos dio voluntariamente media libra de miel a cada uno.

Hoy realmente es un buen día. Incluso ha llegado el correo, casi todos hemos recibido un par de cartas y algunos periódicos. Ahora damos un paseo en dirección al prado que hay detrás de los barracones. Kropp lleva bajo el brazo la tapa redonda de un barril de margarina. En la orilla derecha del prado han construido una letrina comunitaria, un edificio sólido con techo. Pero eso es para los reclutas, que aún no han aprendido a sacar provecho de las cosas. Nosotros buscamos algo mejor. Por doquier se alzan pequeñas casitas individuales que sirven para lo mismo. Son cuadradas, limpias, de madera, bien acabadas, con un asiento cómodo e impecable. A cada lado disponen de unas asas para poder transportarlas.

Colocamos tres de ellas en círculo y nos acomodamos. No pensamos movernos antes de dos horas.

Todavía recuerdo cuánto nos avergonzaba al principio, cuando éramos reclutas, tener que utilizar la letrina comunitaria. No tiene puertas y veinte hombres se sientan uno junto a otro como en un tren. De una sola mirada los ves a todos; el soldado debe estar siempre bajo vigilancia.

Entretanto hemos aprendido algo más que a superar esa vergüenza. Con el tiempo hemos aprendido otras muchas cosas.

Aquí al aire libre resulta verdaderamente un placer. No me explico por qué antes rehuíamos con vergüenza esas cosas, al fin y al cabo son tan naturales como comer y beber. Y quizá tampoco sería necesario hablar de ellas si no fuera porque juegan en nuestras vidas un papel tan esencial y no hubieran supuesto algo nuevo para nosotros; los demás hacía tiempo que las daban por supuestas.

Al soldado, su estómago y su digestión le resultan un terreno más familiar que a cualquier otra persona. Las tres cuartas partes de su vocabulario provienen de él, y tanto la expresión de su alegría como la de su enojo encuentran ahí su fuerza descriptiva. Es imposible expresarse de un modo más claro y rotundo. Nuestras familias y nuestros profesores se asombrarán cuando volvamos a casa; pero aquí es el idioma universal.

Para nosotros, todas esas actividades han recobrado su carácter inocente debido a su forzada publicidad. Más aún: las consideramos tan naturales que damos el mismo valor al hecho de llevarlas a término confortablemente como a jugar una buena partida de cartas a resguardo de las bombas (una buena partida de póker sin ochos a resguardo de las bombas). No es por casualidad que ha surgido la expresión «comentarios de letrina» refiriéndose a todo tipo de habladurías; en el ejército, esos lugares sustituyen a los bancos de los parques y a las mesas de los bares.

En estos momentos nos sentimos mejor aquí que en cualquier servicio de lujo con baldosas blancas. Aquello solo puede ser higiénico; pero lo de aquí es bonito.

Son horas de una maravillosa inconsciencia. Encima de nosotros se extiende el cielo azul. En el horizonte brillan globos

cautivos amarillos y las blancas nubecillas de los disparos de los cañones antiaéreos. De vez en cuando, cuando persiguen un avión, se levantan como una espiga.

Oímos el sordo rumor del frente como una tormenta muy lejana. Los abejorros que zumban a nuestro alrededor apagan el rumor.

Y a nuestro alrededor se extiende el prado florido. Los tiernos tallos de hierba se mecen, las mariposas se acercan revoloteando en la dulce y cálida brisa de finales del verano; leemos las cartas y los periódicos mientras fumamos, nos quitamos los cascos y los dejamos en el suelo a nuestro lado; el viento juega con nuestros cabellos, juega con nuestras palabras y nuestros pensamientos.

Las tres casitas están rodeadas de amapolas, rojas y brillantes.

Colocamos la tapa del barril de margarina sobre nuestras rodillas. De ese modo conseguimos un buen tablero para jugar a las cartas. Las ha traído Kropp. Jugamos. Podríamos quedarnos aquí sentados eternamente. De los barracones nos llega la música de un acordeón. A veces dejamos las cartas y nos observamos mutuamente. Entonces uno de nosotros dice: «Chicos, chicos...», o bien: «Podríamos haber salido malparados», y por un momento quedamos en silencio. Tenemos una sensación intensa y contenida, todos nosotros la notamos, no es necesario hablar de ello. Hubiera podido suceder fácilmente que hoy no estuviéramos sentados en las casitas, ha faltado endiabladamente poco. Y por eso ahora todo nos resulta nuevo e intenso: las amapolas rojas, la buena comida, los cigarrillos y la brisa estival.

Kropp pregunta:

—¿Alguno de vosotros ha vuelto a ver a Kemmerich?

—Está en St. Joseph —respondo.

Müller dice que le pegaron un balazo en el muslo, un buen pasaporte para volver a casa.

Decidimos ir a visitarle por la tarde. Kropp nos enseña una carta.

—Kantorek os envía recuerdos.

Nos reímos. Müller tira el cigarrillo y dice:

—¡Aquí me gustaría verlo!

Kantorek era nuestro maestro, un hombre severo y menudo, con levita gris y rostro afilado. Tenía más o menos la misma estatura que el sargento Himmelstoss, el «terror de Klosterberg». Por cierto que resulta cómico que las desgracias del mundo provengan tan a menudo de personas de baja estatura; son mucho más enérgicas e insoportables que las personas altas. Siempre me he guardado de incorporarme a compañías con tenientes bajitos; normalmente son unos malditos negreros.

En la clase de gimnasia, Kantorek no paró de soltarnos discursos hasta que la clase entera, bajo su mando, fuimos a la Comandancia del distrito para alistarnos. Aún le veo ante mí, preguntándonos con los ojos relampagueantes tras los cristales de las gafas y la voz conmovida:

—Iréis, ¿verdad, compañeros?

Esos maestros a menudo llevan el sentimentalismo en el bolsillo del chaleco, listo para utilizar durante horas. Pero entonces no sabíamos nada de eso.

De hecho, uno de nosotros dudaba y no quería alistarse. Ese fue Josef Behm, un chico gordo y buenazo. Pero luego se dejó convencer; no podía hacer otra cosa. Quizá algunos otros pensaban como él, pero nadie podía confesarlo, porque en aquel tiempo incluso los propios padres te echaban fácilmente en cara la palabra *cobarde*. Porque nadie sospechaba en lo más mínimo lo que iba a suceder. En realidad, los más razonables eran la gente sencilla y pobre; enseguida consideraron la guerra como una desgracia, mientras que la gente acomodada no cabía en sí de alegría, aunque precisamente ellos hubieran podido prever las consecuencias mucho antes.

Katczynsky dice que eso es debido a la educación, que nos vuelve estúpidos. Y cuando Kat afirma algo, es que antes lo ha meditado bien.

Curiosamente, Behm fue uno de los primeros en caer. Recibió un balazo en los ojos durante un combate y lo dejamos atrás, dándole por muerto. No pudimos recogerle porque tuvimos que retroceder precipitadamente. De pronto, por la tarde, lo oímos gritar y vimos cómo se arrastraba por el campo. Solo había perdido el conocimiento. Como no podía ver y el dolor le enloquecía, no se cubría, de modo que le mataron a tiros desde el otro lado antes de que ninguno de nosotros hubiera podido salir a recogerlo.

Naturalmente, eso no tiene nada que ver con Kantorek; ¿adónde iríamos a parar si empezáramos a hablar de culpa? Al fin y al cabo, existían miles de Kantoreks, todos ellos convencidos de hacer lo mejor posible a su cómoda manera.

Precisamente en eso consiste su fracaso.

Deberían haber sido para nosotros, jóvenes de dieciocho años, mediadores y guías que nos condujeran a la vida adulta,

al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos y les jugábamos alguna trastada, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La misma noción de la autoridad que representaban les otorgaba a nuestros ojos mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó por los suelos esa convicción. Tuvimos que reconocer que nuestra generación era mucho más leal que la suya; no tenían más ventajas respecto a nosotros que las palabras vanas y la habilidad. El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y con él se derrumbó la visión del mundo que nos habían enseñado.

Mientras ellos seguían escribiendo y discurseando, nosotros veíamos ambulancias y moribundos; mientras ellos proclamaban como sublime el servicio al Estado, nosotros sabíamos ya que el miedo a la muerte es mucho más intenso. Por eso no nos convertimos en rebeldes, ni en desertores ni en cobardes —ellos se servían de esas expresiones con gran facilidad—; amábamos a nuestra patria tanto como ellos, y nos aprestábamos al combate con coraje; pero ahora teníamos capacidad de discernimiento, de improviso habíamos aprendido a ver y vimos que no quedaba ni rastro de su mundo. De pronto nos sentimos solos, terriblemente solos; y solos debíamos enfrentarnos a ellos.

Antes de ir a visitar a Kemmerich, hacemos un paquete con todas sus cosas; seguramente las necesitará durante el camino.

En el hospital hay mucho movimiento; como siempre, hiede a fenol, a pus y a sudor. Uno se acostumbra a muchas

cosas en los barracones, pero aquí nos sentimos desfallecer. Preguntamos dónde está Kemmerich; lo tienen en una sala, y nos recibe con una débil expresión de alegría y una agitación impotente. Mientras estaba inconsciente, le han robado el reloj.

Müller mueve la cabeza y dice:

—Ya te decía yo que no llevaras ese reloj tan bueno encima.

Müller es un poco torpe y siempre quiere tener razón. De otra forma callaría, porque está claro que Kemmerich no saldrá nunca de esta sala. Que recupere o no el reloj es indiferente, a lo sumo podríamos enviar el reloj a su casa.

—¿Cómo va eso, Franz? —pregunta Kropp.

Kemmerich baja la cabeza.

—Estoy bien, si no fuera por esos terribles dolores en el pie.

Observamos la manta que lo cubre. Su pierna está dentro de un cesto de alambre sobre el que se abomba la ropa de la cama. Doy a Müller un golpe en la espinilla, porque es capaz de contarle a Kemmerich lo que nos han dicho los enfermeros antes de entrar: que Kemmerich ya no tiene pie; le han amputado la pierna. Tiene un aspecto horrible; en la cara, pálida y amarillenta, asoman ya aquellas extrañas líneas que tan bien conocemos de haberlas visto centenares de veces. No son propiamente líneas, sino más bien señales. Bajo la piel ya no late la vida, que se ha replegado a los límites del cuerpo; la muerte se abre paso desde su interior y ya se ha adueñado de los ojos. He aquí a nuestro compañero Kemmerich, que hace poco todavía asaba carne de caballo con nosotros y se acucillaba dentro de los cráteres de obús. Es él y, sin embargo, ya no es él. Su fisonomía se ha difuminado, se ha

hecho imprecisa, como aquellas placas fotográficas sobre las que se han tomado dos instantáneas. Incluso su voz tiene un tono ceniciento.

Recuerdo ahora la escena de nuestra partida. Su madre, una mujer gorda, le acompañó a la estación. Lloraba sin cesar y tenía el rostro descompuesto e hinchado. Kemmerich se sentía molesto porque ella no guardaba la compostura. Literalmente se estaba deshaciendo en sebo y agua. La pobre mujer se había fijado en mí y, agarrándome por el brazo, me suplicó que cuidara de su Franz. Ciertamente el muchacho tenía cara de niño y unos huesos tan blandos que con solo cuatro semanas de cargar una mochila se le volvieron los pies planos. ¡Pero cómo es posible cuidar a alguien en campaña!

—Ahora te irás a casa —dice Kropp—. Si hubieras tenido que esperar un permiso, habrías tenido que esperar algunos meses.

Kemmerich asiente con un gesto. No puedo verle bien las manos, son como cera. Bajo las uñas lleva todavía el barro de las trincheras, de un negro azulado como veneno. Se me ocurre pensar que esas uñas seguirán creciendo durante algún tiempo, como una fantasmal vegetación subterránea, cuando Kemmerich ya no respire. Veo la imagen ante mí: las uñas se curvan como tirabuzones y crecen y crecen, y también el cabello encima del cráneo que se descompone, como la hierba encima de una tierra fértil, exactamente como hierba. ¿Cómo es posible eso?

Müller se agacha.

—Te hemos traído tus cosas, Franz.

Kemmerich hace un gesto con la mano.

—Ponlas debajo de la cama.

Müller lo hace. Kemmerich vuelve a hablar de su reloj. ¡Cómo podemos tranquilizarle sin hacerle desconfiar!

Müller se incorpora con un par de botas de aviador en la mano. Se trata de unas magníficas botas inglesas, de cuero amarillo y suave, que llegan a la rodilla y se atan con unos cordones a lo largo de toda la caña, unas botas codiciables. Müller está entusiasmado con ellas, compara la suela con la de sus toscos zapatos y pregunta:

—¿Te llevarás estas botas, Franz?

Los tres pensamos lo mismo: aunque se curara, solo podría utilizar una, de modo que no tendrían ningún valor para él. Tal como están las cosas, es una pena dejarlas aquí, porque los enfermeros se quedarán con ellas cuando él muera.

Müller repite:

—¿No prefieres dejarlas aquí?

Kemmerich no quiere. Son lo mejor que tiene.

—Te las podemos cambiar —propone Müller—, aquí en campaña nos irían muy bien.

Pero Kemmerich no se deja convencer.

Le doy a Müller un pisotón; vacilando, vuelve a dejar las botas bajo la cama.

Hablamos un poco más y luego nos despedimos.

—Que te vaya bien, Franz.

Le prometo volver al día siguiente. Müller también se lo promete; piensa en las botas, quiere vigilarlas de cerca.

Kemmerich gime. Tiene fiebre. Una vez fuera de la sala, detenemos a un enfermero e intentamos convencerle de que ponga una inyección a Kemmerich.

Se niega.

—Si quisiéramos dar morfina a todo el mundo, deberíamos tener barriles enteros.

—Así que solo sirves a los oficiales —dice Kropp con rencor.

Intervengo rápidamente y empiezo por ofrecer un cigarrillo al enfermero. Lo coge. Entonces le pregunto:

—Tú no debes de estar autorizado para poner inyecciones, ¿verdad?

Se ha ofendido.

—Si no me creéis, por qué me lo preguntáis...

Le doy algunos cigarrillos más.

—Haznos ese favor...

—Bueno, vale —dice.

Kropp entra con él; no se fía de él y quiere asegurarse. Los demás esperamos fuera.

Müller empieza de nuevo con las botas.

—Me irían de primera. Con estos zapatones no hago más que ampollarme los pies. ¿Crees que aguantará hasta mañana después del servicio? Si se muere por la noche, ya podemos despedirnos de las botas.

Albert vuelve.

—¿Creéis que...? —pregunta.

—Está listo —dice Müller, categórico.

Volvemos a los barracones. Pienso en la carta que tendré que escribir mañana a la madre de Kemmerich. Estoy helado, quisiera tomar un aguardiente. Müller arranca briznas de hierba y las mastica. De repente, el pequeño Kropp tira su cigarrillo, lo pisotea con furia, mira a su alrededor con el rostro desencajado y deshecho, y balbucea:

—¡Qué mierda! ¡Qué maldita mierda!

Seguimos andando un buen rato. Kropp se ha calmado; sabemos qué le pasa, ha sufrido una crisis del frente, todos la hemos pasado alguna vez.

Müller le pregunta:

—¿Y qué te dice Kantorek en la carta?

Kropp se ríe:

—Que nosotros somos la juventud de hierro.

Nos echamos a reír los tres, con rabia. Kropp maldice; está contento de poder hablar.

—¡Sí, eso es lo que creen ellos, los miles y miles de Kantoreks! Juventud de hierro. ¡Juventud! Ninguno de nosotros tiene más de veinte años, pero ¿somos jóvenes? ¿Nuestra juventud? Hace tiempo que pasó. Somos viejos.